



*Pasado pesado*

Miguel-Anxo Murado, *La invención del pasado. Verdad y ficción en la historia de España*, Barcelona, Debate, 2013, pp. 230, ISBN 978-84-8306-853-3

De vez en cuando los historiadores necesitamos leer libros como éste. Ensayista e historiador especializado en las guerras balcánicas de los Noventa, en el conflicto palestino-israelí y en la Galicia contemporánea y sus relatos, Miguel-Anxo Murado plantea en *La invención del pasado* una lectura a algunos de los tópicos históricos e historiográficos que nutren la identidad nacional española y su relato nacionalista. Y tal cosa no resultaría una novedad de no ser porque, pese a su brevedad y agilidad, el libro es mucho más que eso. *La invención* es libro divertido, estimulante y cuestionable a partes iguales sobre el abrumador peso del pasado en el presente continuo. Y, al contrario de la mayoría de los libros de historia contemporánea, está tremendamente bien escrito.

Toda la historia es contemporánea y es este un trabajo de puro contemporaneísmo, aunque las especialidades del Autor sean la arqueología y la medievalística. O mejor, los relatos sobre una historia medieval que, como tal, es bien sabido que se trata de un convencionalismo. Y va este libro precisamente de eso, de convencionalismos. En esto es fácil estar de acuerdo: para el Autor, y los trabajos con los que se emparenta (este libro tiene de Lowenthal y de Samuel como de MacMillan y Sebald), el pasado no existe sino que se construye y, como tal constructo, su resultado son relatos basados muchas veces en fuentes que en infinidad de ocasiones son reconstrucciones (en el caso del medievo, muy posteriores) o, directamente, invenciones. No cabe extrañarse demasiado. La historiografía, los historiadores, en demasiadas ocasiones construyen el pasado a su gusto (y lo llaman *independencia*), al de su nación o colectivo ideológico o identitario de pertenencia (y lo llaman *compromiso*) o, ya que la historiografía nunca ha estado atiborrada de millonarios, al de la administración, fundación o partido que le paga las lentejas (es un decir). En infinidad de ocasiones, y todos tendremos en mente como mínimo cinco o diez ejemplos, los historiadores son los encargados de, cual taxidermistas, colocar los cadáveres del pasado en la posición exacta para que puedan leerse desde una determinada perspectiva del presente. Y eso, muchas veces, se llama la Historia de la Nación. Lógicamente, se trata de un proceso casi podría decirse atemporal, pero desde luego se multiplicó exponencialmente desde el desarrollo y proliferación de los estados contemporáneos, con sus academias, sus universidades y sus mecanismos de rememoración colectiva. Ya lo decía Hobsbawm, y puede que con razón: primero los nacionalismos. Después ya se crearán las naciones, con sus relatos.

La línea que une un acontecimiento o un proceso con otro, que convierte acontecimientos (reales o inventados) en “causas” o “consecuencias”, que los dota de coherencia a despecho a veces de la complejidad de lo estudiado y que muchas veces traspassa el pretérito para fundirse en el presente o incluso en el futuro (no se olvide existe la historia prospectiva, y hasta congresos de historia que realizados en 2013, incluyen en su título el 2014) la suele trazar la interpretación y, en la mayoría de las ocasiones, la propia Academia. El Autor no escatima en ejemplos con el objetivo, también predeterminado, de trazar un panóptico de malas artes, manipulaciones y bulos al uso que, si bien no vale para analizar toda la producción de relato histórico, sí acierta en el transmitir escepticismo. Cuanto más lejano, más sencillo. Que el Reino de Asturias, la “conquista” musulmana o la ulterior y plurisecular “reconquista” no son sino narraciones interesadas venidas de relato histórico común a través de los mecanismos de popularización (la pintura histórica, los cuentos, los libros de texto o la misma historiografía) es cosa bien conocida, aunque no está de más releerla a la luz de la crítica histórica y, sobre todo, de fuentes. Aquí es donde el Autor se muestra más incisivo y contundente: desde los avatares falsificados del Cid hasta las fotografías bélicas de Capa pasando por la pintura histórica de Velázquez o Goya, muchas de las celeberrimas (y supuestas) fuentes capitales para el conocimiento del pasado se revelan como una manipulada e irreal filfa.

Tampoco hay que hacer exagerar, y a veces el libro resulta forzado (como en las razones para su crítica al menendezpidalismo). Todo lo que tiene lugar en el pasado y se ha convertido en narración histórica, sobre todo si es anterior al siglo XX, está sujeto, por su propia naturaleza, a una necesaria crítica epistémica y a una duda más que razonable. Pero tampoco hay que lanzarse al anacronismo ni observar las interpretaciones pretéritas como si hubiesen podido hacerse con las herramientas actuales. Sin una historiografía (como ocurre en España) realmente existente antes de mediados del Novecientos, con poquísimas fuentes en comparación con la contemporaneidad y sin los mecanismos de crítica intelectuales, técnicos y conceptuales del presente no es difícil, por así decirlo, meterse con los estereotipos, la más de las veces ridículos, de las llamadas edades media y moderna. Afortunadamente, Murado no se queda ahí: su análisis sobre algunas formas de construcción del relato mítico-histórico, desde la arquitectura del falso histórico a la fotografía, desde la conmemoración oficial a la pintura histórica entran de lleno, sin ser exhaustivas, en la contemporaneidad. Sin embargo, siendo el pasado que más pesa en el presente, podría el Autor haberse lanzado al análisis de temas más, por así decirlo, espinosos. Pienso, evidentemente, en la utilización por parte de los nacionalismos peninsulares de un pasado de guerra compuesto, aparentemente, por la Guerra de sucesión y por la Guerra civil de 1936 (las carlistas del XIX han perdido, aparentemente, la capacidad evocativa que tuvieron antaño). Pienso, por ejemplo, en miles de espectadores en el Camp Nou barcelonés gritando «Independència» cuando el marcador señala el minuto 17:14. Pienso en la cantidad de historias sin autoría definida y nacidas de la propaganda bélica que, tras la guerra del 36-39, han quedado como supuestos hechos históricos, como las señoras que compran entradas para ver tirotear a los rojos en la plaza de toros de Badajoz, los sacerdotes castrados obligados a comerse sus propios testículos o los jóvenes que desayunan anís y churros mientras contemplan fusilamientos bajo los amaneceres vallisoletanos. Pienso en el uso transtemporal y ubicuo del “genoci-

dio” en España, o en las representaciones de la violencia a partir de estereotipos e imaginarios comunes y, potencialmente, expuestos a la misma mirada escéptica, necesaria para analizar a Goya y sus *Desastres de la Guerra*, pero que es extensible a esos *desastres* contemporáneos que son las estampas de Castelao recogidas en su *Galicia mártir*. Sé que es mucho pedir y que el Autor no ha podido abordar todos los usos públicos del pasado presentes en la España actual, pero solo deja insatisfecho esa aparente renuncia a profundizar en el presente más inmediato, donde el uso público del pasado no es tanto, o no es solo, el conservador-oficial-nacionalista-español (desde el Cid a Isabel la Católica pasando por el Dos de Mayo) sino que incluye variables en forma de relato conservador-oficial-nacional-soberanista (1714), progresista-oficial-victimista (el relato de la “memoria histórica”), y un largo, aunque no infinito, etcétera.

Habría historiadores a quienes no les guste el tono y el sesgo de este libro. Y seguramente todo esto no sea extrapolable a toda la historiografía. Pero no seamos ingenuos. La historiografía también es parte de la construcción narrativa y mítica del pasado, aún si para ello éste se debe inventar, manipular o reinterpretar. Eso también es historiografía. Mala, y más cercana a la notaría o a la taxidermia que al análisis complejo (tan complejo, al menos, cuanto el presente) del pasado. Pero historiografía. En su exposición, leída desde un presente saturado de relato nacional-identitario sobre el pasado, el Autor consigue renovar la necesaria crítica y el cuestionamiento de los paradigmas centrales de la construcción mítica de la historia: leer parcialmente, negar complejidades y atribuir siempre a los demás la simplificación y la construcción mítica. Renueva esa crítica, y lo hace, además, de un modo terriblemente divertido. Bravo.

Javier Rodrigo

*Un nuovo volume di sintesi sulla Guerra civile spagnola*

Paola Lo Cascio, *La guerra civile spagnola. Una storia del Novecento*, Roma, Carocci, 2013, pp. 255, ISBN 978-88-430-7099-2

Dopo Gabriele Ranzato, che alla Guerra civile spagnola ha dedicato studi analitici e di sintesi distribuiti in circa quattro decenni, e Lucio Ceva, che ha compendiato le proprie ricerche, specie sugli aspetti militari, nel volume uscito nel 2010 da Franco Angeli (segnalato da chi scrive su queste pagine nel n. 39 del 2011, p. 240), Paola Lo Cascio è il terzo studioso italiano (anzi studiosa e, da questo punto di vista, la prima) a mettere capo a una sintesi del conflitto spagnolo del 1936-39 e a pubblicarla in Italia. Un compito tutt'altro che agevole, anzi decisamente rischioso per la complessità di un tema dai tanti risvolti, l'eccezionale vastità della letteratura su aspetti parziali di cui tener conto e le implicazioni sul piano interpretativo. Rischioso anche in considerazione della giovane età dell'Autrice, alle prese con uno degli snodi più controversi della storia europea del XX secolo con l'ambizione, come scrive verso la fine della premessa, di tener conto del contesto interno e internazionale alla luce della storiografia più recente, per riflettere in modo adeguato alla complessità di quell'evento dal punto di vista bellico, politico, sociale, diplomatico e ideologico (p. 9).

Ciò premesso, una volta ultimata l'attenta lettura del volume, la prima considerazione da fare è che l'Autrice esca bene dalla sfida.

Convincente appare la struttura del lavoro che l'A. articola in modo originale, anche per la capacità che mostra di saper tenere assieme la narrazione diacronica con i principali nodi tematici (motivo di sconforto e sofferenza per ogni storico) in quattro capitoli, preceduti da un'introduzione dedicata allo stato degli studi, e seguiti da un epilogo. Per quanto riguarda l'introduzione, l'A. si destreggia con abilità nell'offrire una lettura ragionata della marea di letteratura esistente e nell'organizzarla attorno ai problemi in prospettiva diacronica. E ha senz'altro ragione nell'indicare i quattro temi attorno a cui ha ruotato il dibattito negli ultimi anni (inevitabilità della guerra, internazionalizzazione del conflitto, evoluzione politica della Repubblica e repressione nelle due retrovie). Anche se avrebbe fatto bene a considerare anche altri ambiti — penso al coinvolgimento della Chiesa nel conflitto — nei quali gli studi non sono andati meno avanti, anche se per l'impermeabilità della cultura storiografica spagnola ai temi religiosi, senza dubbio minore è stata l'eco che essi hanno avuto. Mi riferisco agli imprescindibili lavori di Alfonso Álvarez Bolado, *Para ganar la paz, para ganar la guerra* (1995), all'ampio rifacimento del pionieristico *La espada y la cruz* (1977) poi sfociato ne *La pólvora y el incienso* (2001) di Hilari Ragner (che l'Autrice cita in bibliografia, ma non utilizza), al più recente lavoro di José Ramón Rodríguez Lago sulla Galizia (recensito su queste pagine sempre nel n. 39 del 2011, pp. 247-248) e alle piste innovative aperte dalla nuova documentazione vaticana accessibile dal 2006.

Il primo capitolo è dedicato alle debolezze sociali, economiche, politiche e militari dei due campi. Un approccio innovativo che muove dagli errori compiuti dal governo repubblicano del biennio riformatore (scarsità delle risorse destinate all'istituto della riforma agraria; laicismo radicale con il quale si procedette alla separazione Chiesa-Stato; non tanto la riforma dell'esercito, come viene indicato alle pp. 35-36, quanto piuttosto le scarse precauzioni adottate nel trasferimento dei generali dichiaratamente ostili al nuovo assetto politico, ai quali si aggiunse la sottovalutazione dei malumori provocati dall'impatto delle riforme in ampi settori sociali e politici), per poi soffermarsi sulle divisioni politiche tra i partiti del Fronte popolare e all'interno del PSOE. Per quanto concerne il campo franchista, l'A. mette a fuoco l'incapacità del progetto golpista di ottenere il consenso di tutto l'esercito, la complessiva defezione della Marina, l'iniziale frantumazione del potere militare, con sullo sfondo l'immediata internazionalizzazione del conflitto, mentre infuriava la battaglia di Madrid tra l'autunno del '36 e la primavera dell'anno successivo. Una battaglia risoltasi positivamente per la Repubblica, per la straordinaria mobilitazione dei madrileni e per l'efficienza della *Junta de defensa*, che ebbe come conseguenza lo straordinario rafforzamento del Partito comunista. Non solo perché mediatore dell'aiuto militare sovietico e dell'afflusso delle Brigate internazionali, ma anche per la sponda che seppe offrire a «tutte quelle forze che credevano nella subordinazione di qualsiasi cambiamento socio-politico alla vittoria nella guerra» (p. 74).

Alle questioni militari è dedicato il secondo capitolo, che per un lato esamina il processo che portò dalle milizie volontarie variamente politicizzate dei primi mesi del conflitto alla militarizzazione di tutte le forze combattenti con la costruzione di un più disciplinato ed efficiente esercito popolare che, messo in moto

nell'autunno del '36, poté dirsi concluso solo nell'estate del '37; dall'altro la migliore organizzazione dell'esercito franchista e gli aiuti che entrambi i campi ricevettero dall'esterno, in uomini, mezzi e armamenti. In queste pagine scorrono anche i principali aspetti e snodi della storia militare della guerra, con brevi ma puntuali descrizioni delle battaglie del Jarama e Guadalajara (pp. 87-97), della campagna sul fronte del Nord che portò alla caduta della Vizcaya e di Bilbao (pp. 97-104), delle offensive sul fronte aragonese fino alla battaglia dell'Ebro (pp. 104-119), per poi chiudere con l'offensiva e occupazione della Catalogna (pp. 119-127).

Il terzo capitolo ricostruisce la situazione dal punto di vista sociale e politico nelle due retrovie, alla luce, per quanto riguarda il territorio rimasto fedele alla Repubblica, della lacerazione fra i sostenitori della priorità da assegnare alla rivoluzione e quelli che la assegnavano alla guerra. Un confronto che, collocato sullo sfondo del vuoto politico e dello sgretolamento dell'autorità che fece seguito al golpe nella zona repubblicana, consente a Lo Cascio di individuare nella violenza politica e nella tradizionale diffidenza di ampi settori della popolazione rispetto all'autorità statale i due elementi che maggiore influenza ebbero sulla rivoluzione spagnola dell'estate del 1936. Nello stesso contesto l'A. dedica alcune pagine alle collettivizzazioni (pp. 133-138), per poi soffermarsi sulla repressione e la violenza nei due campi, in riferimento ai principali episodi e al piano normativo (senza però fare riferimento alla *Ley de responsabilidades políticas* per quanto attiene il campo franchista), alle violenze anticlericali nel campo repubblicano, poi alla guerra aerea e al suo impatto sulla popolazione civile (motivo che spiega la sua collocazione in questo capitolo e non in quello dedicato alla guerra guerreggiata), senza che manchino, in conclusione, alcuni cenni sulla vita quotidiana durante la guerra.

Il quarto e ultimo capitolo è dedicato alle strategie narrative, interpretative e propagandistiche dei due campi, con una digressione sull'atteggiamento della stampa internazionale e poi di quella italiana. Qui, come del resto anche nelle altre parti del denso volume, vengono presentati dati quantitativi sulle produzioni cinematografiche, sulle stazioni radio e la diffusione degli apparecchi radiofonici in un quadro che descrive anche l'evoluzione delle strutture organizzative preposte a questo tipo di attività dai due governi, che bene mette in luce, da una parte, il preponderante sforzo propagandistico della Spagna repubblicana, dall'altra il ruolo che l'apparato ecclesiastico svolse come altoparlante della causa franchista.

L'epilogo, infine, tratta delle ultime settimane del conflitto con il colpo di mano anticomunista del colonnello Casado, il disperato flusso di centinaia di migliaia di soldati e di civili verso la frontiera francese e l'insospitale accoglienza riservata loro dal paese transalpino, per poi aprire squarci sul dopoguerra, con l'esilio, la brutale repressione all'interno del paese e la prima strutturazione di quel regime che sarebbe durato fino alla seconda metà degli anni Settanta.

Detto dei pregi e degli aspetti positivi (e di qualche limite), sono da segnalare alcune carenze e qualche errore fattuale. Alla scarsa attenzione per la letteratura sul coinvolgimento della Chiesa nel conflitto si è già fatto riferimento. La stessa osservazione potrebbe farsi per le violenze anticlericali e l'atteggiamento del cattolicesimo sul piano internazionale, a proposito dei quali mancano rinvii storiografici basilari (rispettivamente A. Montero Moreno, G. Queipo de Llano e J. Tusell). L'A. poi, pur annunciando di voler inserire il proprio lavoro «nella cor-

rente d'attenzione che già da tempo la storiografia italiana ha dedicato alla guerra civile spagnola» (p. 27), in realtà di quest'ultima tiene relativamente conto (se si escludono i riferimenti a Ranzato e a pochissimi altri lavori, citati spesso solo nella bibliografia). Allo stesso modo mancano riferimenti alla linea interpretativa più vicina in Spagna a quella di Ranzato, che fa capo ai lavori di Fernando del Rey e Manuel Álvarez Tardío.

Un altro appunto potrebbe essere mosso alla prospettiva catalanocentrica (spiegabile ma non giustificabile con il fatto che l'A. insegna nell'Università di Barcellona) da cui spesso le vicende vengono narrate e l'attenzione posta, tramite note biografiche, su alcuni personaggi (Joan Comorera, pp. 154-155; Jaume Meravittles, p. 185) a scapito di altri di non minore rilevanza ma non catalani, mentre non eguale attenzione viene prestata all'evoluzione del quadro politico nei paesi baschi e al suo governo.

Errori fattuali: attribuire a Claudín e a Semprún la fondazione, nell'esilio sudamericano, della casa editrice Ruedo Ibérico (p. 18), quando la casa editrice fu fondata a Parigi da José Martínez, e i due dirigenti del PCE non furono esuli in Sudamerica; far risalire agli effetti della crisi del '29 la caduta della dittatura di Primo de Rivera (p. 30), quando per la scarsa integrazione del paese iberico nei mercati mondiali tali effetti giunsero successivamente, già negli anni della Seconda Repubblica; attribuire ad Ángel Herrera Oria, che chiama «prelato», quando nel 1931 non era ancora neppure sacerdote (fu ordinato nel 1940), la fondazione dell'Asociación católica nacional de propagandistas (ACNP) che invece fu fondata dal gesuita Ángel Ayala nel 1909; scrivere a proposito della battaglia del Jarama che nelle diverse fasi dell'offensiva repubblicani e franchisti persero quasi diciottomila uomini, per poche righe più sotto quantificare in «decine di migliaia» le vittime del solo episodio del Cerro Pingarrón (p. 90); scrivere che il vescovo di Vitoria, mons. Mateo Múgica, fu espulso dalla sua diocesi per non aver firmato la lettera collettiva dei vescovi del luglio del 1937 (p. 141), quando il vescovo (già allontanato dalle autorità repubblicane nel 1931 per le sue presunte simpatie carliste), invisibile alle autorità franchiste per le sue presunte simpatie verso i nazionalisti baschi, aveva lasciato la propria diocesi nell'ottobre 1936 trovando rifugio a Roma.

Sono le spine che accompagnano ogni rosa e che non potevano non pungere l'attento lettore. Che, già fuori di metafora, considera nettamente prevalenti gli aspetti positivi del volume e si rallegra con l'A. per il felice esito della sua fatica.

Alfonso Botti

*Riflessioni dall'esilio. Clero dissidente e complicità cattoliche nella Spagna della Guerra civile*

Julián Fernández Cruz, *Los crímenes de la Iglesia franquista. Confesiones de un sacerdote en el exilio (Francia 1937)*, Madrid, Éride Ediciones, 2013, pp. 177, ISBN 978-84-15883-21-0

Lo scorso 13 ottobre 2013, a Tarragona si è celebrata la più grande beatificazione della storia: sono stati celebrati 522 nuovi «mártires del siglo XX en Es-

pañã». Un passo ulteriore lungo un cammino iniziato nel 1987 a Roma da papa Giovanni Paolo II che, rompendo gli indugi dei suoi predecessori, decise di dichiarare beate tre carmelitane di Guadalajara uccise durante il conflitto del '36. La cerimonia spagnola del 2013, però, si riallaccia più direttamente a quella romana del 2007, quando furono dichiarati beati 498 «martiri», proprio nel frangente in cui il Parlamento spagnolo approvava la cosiddetta *Ley de Memoria Histórica* proposta dal governo socialista di José Luis Rodríguez Zapatero.

L'asimmetria memorialistica, o se si vuole, la selettività della *rememoración* nelle celebrazioni è evidente, visto che finora i 977 fra beati e santi uccisi durante la Guerra civile provengono tutti solo dalle file delle vittime delle violenze anticlericali perpetrate entro il *limes* politico-geografico del bando repubblicano, mentre non si è dato praticamente nessun riconoscimento pubblico da parte della gerarchia ecclesiastica alle vittime cattoliche della repressione franchista: un unico, timido, accenno a queste ultime è stato fatto nel documento collettivo pubblicato dai vescovi dei Paesi Baschi nel 2009: *Purificar la memoria, servir a la verdad, pedir perdón*<sup>1</sup>. La narrazione memorialistica costruita dalla Chiesa gerarchica sulle beatificazioni si centra su numerosi plessi<sup>2</sup>, ma in particolare — per citare le parole di Juan José Asenjo, attuale arcivescovo di Siviglia ed ex portavoce della Conferenza episcopale — sul presupposto che «la Iglesia, en la Guerra Civil, fue sujeto paciente y víctima»<sup>3</sup>.

La ricerca storiografica — seguendo e a sua volta alimentando il filo della polemica politica — si è concentrata sugli anni Trenta del secolo scorso: quale l'attitudine della Chiesa verso la Seconda Repubblica? Quale il comportamento del clero nella Guerra civile e, soprattutto, nella repressione? Ovvero, storiograficamente parlando, le tesi di Asenjo (e della CEE) sono sostenibili? Si tratta di una domanda, di domande, a cui Julián Fernández Cruz, giornalista, studioso e polemista, ha cercato di dare un contributo con il suo ultimo lavoro: *Los crímenes de la Iglesia franquista*. Si tratta di una pubblicazione realizzata dalla Éride Ediciones e che si dice fondamentalmente basata sul diario di un sacerdote basco esiliato in Francia. Il volume è interessante per varie ragioni sicuramente relazionate. *In primis* perché ci presenta i dubbi e le inquietudini di vari presbiteri colpiti dalla persecuzione/repressione franchista, che per traslato diventano le percezioni e le sofferenze di tutta una parte del cattolicesimo “spagnolo” in quel momento su posizioni contrarie a quelle della Chiesa gerarchica (a sua volta allineata alla dirigenza del regime in gestazione). Secondariamente rimanda a esempi del coinvolgimento degli ecclesiastici nei crimini del bando franchista: dai sacerdoti al *frente*, al loro ruolo come informatori delle autorità del regime.

1. In “Boletín Oficial del Obispado de Vitoria”, 2009, n. 10, pp. 646-648. Sui limiti e sul valore di esso si veda M. Berrettini, *A settant'anni dalla Carta Collettiva dell'Episcopato spagnolo: jerarquía, martirio, memoria colectiva*, in E. Acciai e G. Quaggio (eds.), *Un conflitto che non passa. Storia, memoria e rimozioni della guerra civile spagnola*, Pi-stoia, ISRPT, 2012, pp. 42-62.

2. Per l'analisi si rimanda a M. Berrettini, *From Accomplice to Victim: Catholic Church, Spanish Civil War and Collective Memory*, in E. McInness e D. Schaub (eds.), *Trauma and Meaning Making*, Freeland, ID Press, 2014 (in corso di pubblicazione).

3. J. González Bedoya, *Los Obispos insisten en que la Iglesia fue “sujeto paciente y víctima” de la Guerra Civil*, “El País”, 08 aprile 2000.

Dal punto di vista strettamente “scientifico”, però, i punti dolenti dell’opera sono numerosi, derivanti in gran parte dal *target* di pubblico che l’Autore evidentemente si è dato. Per prima cosa una fraseologia troppo spesso iperbolica, che rivela le finalità empatiche ed emozionali più che rimandare alla volontà di capire, spiegare o interpretare quello che è successo. A tratti, procedendo nella lettura del testo, sembra di ripercorrere in chiave antitetica i modi, i toni e la narrativa di quella ricca produzione agiografica (ma le cui tesi sono filtrate anche in circuiti accademici, a opera di tesi di dottorato e nelle pubblicazioni periodiche scientifiche) che negli ultimi anni ha riempito gli scaffali delle biblioteche spagnole e di cui sono state protagoniste case editrici come Edibesa o Edice. Secondariamente si registra la mancanza di riferimenti bibliografici e archivistici (le note a piè di pagina tanto odiate dagli editori di oggi); un’accurata indicazione delle fonti utilizzate, infatti, avrebbe fatto diventare questo libro un’opera molto utile (molto più utile) non solo per un lettore genericamente inteso, interessato alla questione, ma anche per l’Accademia. Infine, il fatto che molti capitoli del libro siano costituiti più dalla riproposizione di materiale già noto (dalle posizioni del cardinal Gomá a quelle di Jacques Maritain), svelano l’intento per così dire “didattico” della pubblicazione, il suo obiettivo di dare testimonianza e voce a narrazioni lungamente marginalizzate nel mondo cattolico (e non cattolico).

In ogni caso, comunque, *Los crímenes de la Iglesia franquista* rimane un volume prezioso proprio per l’impatto che può avere sul panorama culturale spagnolo: è infatti un lavoro che può contribuire a rompere lo schema narrativo sostenuto dall’attuale gerarchia spagnola per cui la Chiesa, durante la Guerra civile, fu solo vittima delle violenze perpetrate in *odium fidei*, a fronte del fatto che la sua reale collocazione nello spazio della contesa non fu né con la Repubblica, né con Franco<sup>4</sup>. Proprio a partire dal suo evidente impianto polemico, dunque, l’opera di Fernández Cruz può contribuire a spingere alla riflessione e all’apertura (alla ri-apertura?) di un dibattito tutt’altro che secondario per la qualità della democrazia spagnola; oggi, forse, troppo assorbita in problematiche di tipo economico-finanziario.

Mireno Berrettini

*Repressione e resistenza femminile al franchismo: un binomio indissolubile*

Mary Nash (ed.), *Represión, resistencias, memoria. Las mujeres bajo la dictadura franquista*, Granada, Editorial Comares, “Colección Comares Historia”, 2013, pp. 186, ISBN 978-84-9545-083-3

Questo libro è il frutto di un convegno che si tenne a dicembre del 2008, a Madrid, presso il Circulo de Bellas Artes: *Mujeres bajo la dictadura franquista*,

4. La tesi di una Chiesa come «terzo spazio» non riducibile ai due *bandos* e piuttosto come “luogo” di riconciliazione tra le due Spagne viene analizzata in M. Berrettini, *Spagna e nuovi beati. La Jerarquía tra riconciliazione e combate por la memoria*, in “Studi e Ricerche di Storia Contemporanea”, 2008, n. 70, pp. 2-32.



patrocinato dalla Fundación Pablo Iglesias e pubblicato nella collana “Comares Historia”, che annovera già un numero rilevante di libri di riferimento nel panorama storiografico contemporaneo spagnolo. L’edizione del libro si avvale della perizia e competenza di Mary Nash, un riferimento nazionale e internazionale della storiografia di genere e non solo di genere.

Il libro non delude le aspettative e gli obiettivi che gli storici stessi si erano prefissati nel convegno: «dar a conocer la situación de las mujeres bajo el franquismo, y, a la luz de las investigaciones recientes, examinar los mecanismos formales e informales de definición de género del régimen franquista». Come obiettivo ultimo, inoltre, si prefiggevano di contribuire alla «transmisión de un compromiso político democrático y defensa de la libertad a sucesivas generaciones de mujeres».

Mi piacerebbe, a proposito di quest’ultimo aspetto della trasmissione dei valori, iniziare a parlare del libro a partire da un’importante categoria di professioniste della Repubblica, le maestre, per le quali, come dice Sara Ramos in questo libro, la professione si convertì in una forma di vita (p. 62) e l’epurazione fu la sua conseguenza. Ed è alle maestre che quest’anno l’Academia de las Artes y de las Ciencias Cinematográficas conferisce il premio Goya per il documentario *Las maestras de la República*, che si è avvalso della consulenza di cinque storici, tra cui la stessa Sara Ramos, autrice in questo libro di un saggio sulle maestre, contribuendo a diffondere il lavoro di coloro che scelsero di essere educatori ed educatrici delle future generazioni nei valori democratici. Un documentario che credo superi quell’«ejercicio de postmemoria inalcanzable» (p. 161) di cui ci parla María Cinta Ramblado Minero. È a partire dal binomio educazione ed epurazione che possiamo, quindi, riferirci a un altro binomio speculare al primo, resistenza e repressione.

L’analisi della *repressione* e della *resistencia* al franchismo sono le categorie che danno corpo al libro, due categorie che si sovrappongono e si fondono in un comune sostrato gnoseologico che è la *memoria*. La memoria acquisisce un valore prioritario, in quanto è trasmissione della memoria delle donne, protagoniste della resistenza antifranchista e della successiva repressione. Le fonti orali contribuiscono in diversi saggi del libro a svelare le molteplici e forti identità collettive delle donne come sindacaliste, politiche, femministe, protagoniste dei movimenti «vecinales» (p. 157) come, per esempio, nel testo di Mary Nash.

La memoria delle donne antifranchiste è una memoria che definirei onnicomprensiva. Maria Cinta Ramblado Minero sottolinea come si tratti di una memoria comprensiva della dissidenza così come dell’esperienza quotidiana, che va dalla resistenza nell’ambito privato fino all’orrore delle carceri (p. 161). La ricostruzione delle orme, di questa polisemica e plurale memoria femminile fu in parte cancellata dal regime, e, come sottolinea David Ginard, l’aggravante risiede nel fatto che le donne furono quelle che lasciarono meno «vestigios documentales susceptibles de ser usados por los historiadores» (p. 23).

La repressione fu l’applicazione sistematica della violenza politica, fisica, sociale e morale nei confronti di donne socialmente e personalmente attive nella difesa delle molteplici espressioni della cultura politica democratica e repubblicana. Questo insieme di saggi ha lo scopo di ampliare il panorama degli studi sulla repressione e resistenza al franchismo, incorporando la prospettiva di genere in modo trasversale e incisivo negli studi sull’antifranchismo.

Sulle difficoltà di definizione del termine *repressione* si sofferma il saggio dal carattere teorico, introduttivo, di Monica Moreno Seco, che segnala i labili confini tra repressione e controllo sociale, riprendendo il dibattito storiografico sulla categoria *repressione* abordato da vari studiosi e si sofferma sulle forme specifiche della repressione femminile.

Il contributo decisivo di questo libro è l'analisi della repressione *doppia* alla quale sono sottomesse *las vencidas* durante il franchismo, un aspetto sul quale coincidono e riflettono quasi tutti i saggi. Monica Moreno Seco parla di repressione «sexuada», dato che la repressione inflitta all'antifranchismo femminile ebbe un carattere allo stesso tempo “politico” e “di genere” (una violenza fisica e morale specifica), in cui la componente morale giocò un ruolo chiave. Come sottolinea David Ginard, anche se la repressione si attuò su entrambi i sessi, l'ideologia del regime era «fuertemente sexista» (p. 23), fatto che sottolineano anche Sara Ramos nel caso delle maestre di sinistra, Ana Aguado nel caso delle detenute (*rojas* = prostitute), Claudia Cabrero delle donne comuniste, «doppiamente colpevoli» (p. 135).

L'analisi della repressione e del suo contrario, la resistenza franchista, si concentra sul luogo che rappresenta al meglio la violenza del regime, il «penitenciarismo nacionalcatólico» (p. 44), come lo denomina Aguado. Una definizione che si riallaccia alle considerazioni di Julian Casanova, che con il suo saggio *La Iglesia de Franco y las mujeres* ci induce a riflettere sulla priorità del cattolicesimo nella costruzione del sistema repressivo franchista che contribuì, ancor prima dello stato franchista, a costruire dei modelli di subordinazione di genere nella politica, nella società civile e nel sistema educativo. Non si può omettere, come d'altronde si fa in questo libro, che la disciplina carceraria era in parte assicurata grazie agli ordini religiosi femminili. Un ideale «nacionalcatólico» che costituì le fondamenta del discorso della «domesticità» femminile: né l'applicazione del nuovo Codice civile del 1958, né la *Ley de Derechos políticos profesionales y del trabajo de la mujer* del 1961, né la timida apertura e internazionalizzazione spagnola, né la necessità della manodopera femminile poterono — come sottolinea Aurora G. Morcillo — intaccare i pilastri del discorso patriarcale del regime.

Torniamo, quindi, ai luoghi del castigo, del discredito morale (*rojas* = prostitute), della fame, come nel caso della prigione di Ventas, «almacén de reclusas», come lo definiva Josefina Amalia Villa e come ci narra Fernando Hernández Delgado. Saturrarán, Durango, Chalet-Orué (Bilbao), Santander, Palma de Mallorca (p. 55): ecco la mappatura della miseria, delle esecuzioni, delle torture, delle violenze sessuali, in una sola parola, della violenza. Le recluses sono lí per ragioni politiche, o semplicemente per aver assunto compiti di solidarietà nella retroguardia, o ancora per essere state, come ci ricorda Hernández Holgado, «co-bradora de tranvías durante la dominación marxista», come nel caso di Julia Conesa, una delle Trece Rosas (p. 61) o finanche “per delega”, in quanto madri, mogli, sorelle di detenuti. Le carceri furono un'esperienza di umiliazione ma anche di «compañerismo, resistencia y aprendizaje», «proceso de construcción de identidad de presa política» (p. 47), dove pratiche di resistenza e di sopravvivenza formarono parte di questa identità «de presa», che si forgiò nei forti vincoli di solidarietà fra le detenute. La repressione ancora una volta svela in questo libro il suo contrario: la resistenza, due facce di una stessa medaglia.

Lo studio del sistema carcerario femminile poggia su un'amplessima bibliografia (tra cui gli studi dello stesso Fernando Hernández e di Sergio Gálvez), ma si avvale anche dei contributi di coloro che iniziarono a raccontare il loro stesso passato: le «historiadoras de sí mismas» come le chiama Aguado (p. 38), da Tomasa Cuevas a Remedios Montero, solo per citarne alcune.

Non sfugge all'analisi del libro un aspetto che fa da corollario e amplia lo spettro dell'analisi della resistenza antifranchista femminile e che considero necessario menzionare. Le definirei come le aggravanti di genere nella «marginalizzazione» femminile o la «jerarquización sexual» della militanza — termini questi ultimi di Claudia Cabrero — esercitate da parte delle organizzazioni antifranchiste: un discorso insito nelle origini stesse delle culture politiche di sinistra. Di fronte all'indiscutibile ruolo politico delle donne nella lotta antifranchista, nella clandestinità o in forme alternative, ma costanti, di resistenza, lo scarso interesse a combattere la subordinazione delle relazioni e a promuovere gli interessi specifici di genere sono alcuni aspetti che emergono nel saggio di Claudia Cabrero, ma anche di Pilar Díaz, che sottolinea come nell'ambito sindacale la partecipazione femminile rimane «enmascarada tras el protagonismo de los varones que lideraron la oposición» (p. 114), e per ultimo in quello di Mary Nash.

Come ribadisce a tal proposito quest'ultima, affrontando il tema del risveglio in Spagna del movimento sociale femminista a metà degli anni Settanta, era ancora chiaro, in quegli anni, «el monopolio masculino del liderazgo político» (p. 151) e un'ancora evidente scissione tra il femminismo e il comunismo, come si evince nelle parole di Amparo Pineda, leader del movimento comunista: «Yo hasta el año '75 [...] no me enteré de nada de feminismo» (p. 152).

Mi piacerebbe sottolineare, prima di avviarmi a concludere questa recensione, il significativo valore didattico del libro che fa sì che, per lo meno nel mio caso, sia un «valido» supporto per la docenza. È un utile compendio di tematiche fondamentali che sono esposte in modo sintetico, ma allo stesso tempo esaustivo, prendendo in considerazione che consta di sole 186 pagine. Si tratta, quindi, di un libro fruibile da un pubblico diversificato, tanto di specialisti come di «neofiti».

Una via di ricerca che potrebbe includersi e di cui si sente la mancanza è un tema strettamente vincolato alla repressione femminile: quello della maternità e quindi dell'infanzia. Ángela Cenarro nel libro *Los niños del Auxilio Social* sottolineava la necessità di considerare «los niños y las niñas» come «sujetos de la historia». Come si menziona nel libro, la «función maternal fue utilizada como forma específica de represión y de castigo de género sobre las mujeres presas» (p. 49): una forma di ricatto. I denominati *niños perdidos del franquismo*, dei quali Ricard Vinyes ci parla nell'omonimo libro, il trauma delle sparizioni e della loro «ricollocazione» forzata da parte dello Stato nei valori del nazionalcattolicesimo, avrebbero potuto trovare spazio in un capitolo di questo libro.

Per concludere posso dire che ci troviamo di fronte a un compendio di esperti ed esperte della repressione e della resistenza al franchismo, che grazie alla vasta bibliografia a cui fa riferimento include indirettamente gli «assenti»: Giuliana di Febo, Conxita Mir Curcó, Carmen Molinero, Pura Sánchez, Fernanda Romeu Alfaro, per citare solo alcune delle storiche menzionate nel libro. È un libro che intraprende in modo corale un obiettivo, quello di colmare un vuoto nella storiografia.

grafia spagnola dedicada al franchismo o, per meglio dire, all'antifranchismo femminile.

Laura Branciforte

«*El libro como arma*»: edición, censura y traducción durante el franquismo

Gabriel Andrés, *La batalla del libro en el primer franquismo*, Madrid, Huerga y Fierro, 2012, pp. 213, ISBN 978-84-8374-886-2; Francisco Rojas Claros, *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973)*, Universidad de Alicante, 2013, pp. 344, ISBN 978-84-9717-255-4

El interés por la historia del libro y las editoriales en la España del siglo XX, especialmente durante el franquismo, no ha dejado de aumentar en los últimos años, tanto en forma de historias particulares (las de editoriales como Ruedo Ibérico, Taurus, Cuadernos para el Diálogo, Aguilar o Gustavo Gili), como de obras generales (*Los señores del libro*, de Eduardo Ruiz Bautista o *Tiempo de editores. Historia de la edición en España 1939-1975*, de Xavier Moret).

Las primeras aportaciones de los hispanistas, pioneros en este terreno, así como las nuevas perspectivas ofrecidas por la historia cultural, han abierto el camino de esos y otros estudios que interpretan la historia del libro y la edición en el cruce entre el producto intelectual, sus formas materiales de circulación y difusión, y las prácticas culturales desde las que es recibido y asumido, como ha escrito Jesús A. Martínez. Pero también como un medio para estudiar una época abordada durante años desde los parámetros más estrechos de la historia política. Porque las editoriales fueron en esos años no solo instrumentos de difusión del pensamiento, que muchos jóvenes lectores buscaban con avidez para escapar del aislamiento de la dictadura o para combatir su cultura oficial, sino también redes y espacios de sociabilidad intelectual que acabarían teniendo un papel decisivo en lo que Vázquez Montalbán llamó la reconstrucción de una razón democrática.

El libro de Gabriel Andrés, profesor en la universidad italiana de Cagliari, es un buen ejemplo de esa apertura de vías originales para el estudio de la dictadura de Franco. La traducción y publicación de libros italianos durante el primer franquismo permite, en palabras del Autor, trazar un «cardiograma sobre las pulsiones ideológicas del régimen de Franco en sus primeros años» y, en concreto, sobre sus oscilaciones «entre la fuerte tentación a imitar los modelos totalitarios de Italia y Alemania y el repliegue hacia una vía propia de diverso signo tradicionalista en lo político y ultracatólico en lo religioso».

En estas interesantes páginas aparecen los nombres de muchos grandes y menos grandes de la intelectualidad franquista, desde Giménez Caballero, Eugenio d'Ors y Manuel Aznar a Juan Beneyto o Santiago Magariños, y su afinidad electiva con la cultura y la política italiana de los años Veinte y Treinta, aún en gran parte por estudiar. No falta tampoco la influencia del derecho italiano en la construcción del Nuevo Estado español, a través de la obra de Giorgio del Vecchio y Arrigo Solmi, ni la importancia de iniciativas político-culturales como la asociación Cardenal Albornoz, del Colegio español de Bolonia, junto a la editorial San-

tarén y el Instituto Italiano de Madrid, objeto de recientes investigaciones como las de Pablo del Hierro o Rubén Domínguez.

En este sentido la principal aportación del estudio de Gabriel Andrés consiste en documentar, a través de un análisis cronológico y cuantitativo, la cesura que supuso el año 1940 en la recepción y traducción del libro fascista procedente de Italia. Un hecho que sorprende por coincidir con el apogeo del poder falangista durante el bienio 1940-1941, precisamente cuando Serrano Súñer y su grupo de intelectuales orgánicos falangistas controlaban, con Giménez Arnau y Dionisio Ridruejo, las direcciones de Prensa y Propaganda. El Autor pone en relación esta paradoja con las luchas de poder dentro de la propia coalición franquista, que ejemplifica con algunos casos significativos, como la censura parcial de una obra del padre Gemelli, y esboza la hipótesis de una gestación larga y subterránea del proceso que culminaría en 1942 con la derrota del sector falangista totalitario liderado por Serrano Súñer al tratar de imponer su «programa máximo». Una hipótesis que necesita ser reforzada con más documentación y una mayor contextualización que tenga en cuenta, entre otras cosas, la producción editorial en Italia tras su entrada en guerra o el panorama general de las traducciones y la política del libro en la España de la inmediata posguerra.

La traducción y publicación de obras italianas sirve también como testigo de los límites del dirigismo cultural anunciado en pomposas declaraciones aderezadas de figuras palingenésicas, que hacían «del libro español el arma que España necesita en esta hora de su revolución». Al final pesaron más los recelos ante los potenciales peligros del libro como «arma, en fin, que puede dispararse por la culata», en expresión meridiana de José Pemartín, y pese a tanta retórica fascista se renunció muy pronto a una política positiva y dirigista, capaz de intervenir en la edición y la lectura para llevar a cabo esa tan invocada revolución cultural de la nación. Como reconocería el propio Juan Beneyto, primer responsable del aparato censor durante la guerra, la acción del Estado habría de limitarse a la censura, desistiendo así del intento de acabar con la autonomía de los destinatarios del libro, es decir, los lectores. Estos parecían mostrarse pertinaz y calladamente insumisos ante las prácticas totalitarias anunciadas en el ámbito de la lectura, como señala el Autor retomando la tesis de la «appropriazione imperfetta» de Adolfo Scotto di Luzio para el caso de la edición juvenil bajo el fascismo italiano.

Tales límites quedaban aún más en evidencia ante las traducciones de obras extranjeras, vistas como un inquietante «factor patógeno» externo dentro del proyecto de construcción del ideario nacionalista. Pero no se trataba solo de los libros escritos por los «enemigos» de España, o de sus aliados italianos o alemanes, ya que — según denunciaba Miguel Herrero en *Bibliografía Hispánica* en 1942 — había «un sinnúmero de elementos imponderables e insumisos a la acción de la censura, que actúan en España como factores patógenos de desintegración y maleamiento del alma nacional. Es el ambiente, es el espíritu, es la concepción del mundo y de la vida en que los autores extranjeros colocan su escenario y mueven sus criaturas». Era ese *geist* español el amenazado, y resultaba incomprensible para los responsables la traducción incluso de devocionarios en un país que se declaraba potencia mundial en el tema, lo que significaba tanto «como llevar hierro a Vizcaya». Algo semejante ocurría con las biografías heroicas y ejemplarizantes, que cobraron auge en esos años y que, de manera harto significativa, pronto dejarían paso, desde 1944, a las novelas.

El elevado número de traducciones, de las que no se libraba ningún tema, era considerado una prueba del fracaso de la producción editorial propia, especialmente doloroso en el caso de la literatura. Por sus perjuicios económicos para el sector, pero sobre todo por cuanto revelaba de impotencia cultural, aunque se atribuyera a cierto gusto provinciano por lo foráneo. En el combate contra esa «desnacionalización del gusto de la gran masa de lectores» se empeñaron los censores, con poco éxito más allá del empobrecimiento general de la producción cultural, analizando con lupa las obras que podían contener rastros de leyenda negra, como la historia de los Borgia, o de peligrosas influencias en temas fundamentales, como la educación. María Montessori fue prohibida y el censor tachó en rojo, imaginamos con su trazo más grueso, afirmaciones como aquella en la que la gran pedagoga italiana llamaba a «romper las férreas cadenas con las que tenemos aherrajadas las conciencias de las nuevas generaciones». Esto apenas cambiaría en décadas, por más que desde el bienio 1944-1945 sí lo hicieran en parte los equilibrios internos del régimen, como demostraba, en el tema que nos ocupa, la traducción — con la lógica suspicacia por parte de la censura — de una obra de Sturzo sobre la Italia posbélica, o la clásica y antifascista *Historia del liberalismo europeo* de Guido De Ruggiero, gracias al juicio positivo del falangista José Antonio Maravall.

Resultado de una exhaustiva investigación doctoral, la obra de Francisco Rojas también utiliza como fuente principal la documentación procedente del fondo de censura hoy conservado en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. En la muy rica e interesante información que ofrece está, sin duda, su mayor aportación historiográfica, y en cierta medida su principal limitación, pues los expedientes de censura son completados o contrastados solo en pocas ocasiones con referencias procedentes de fuentes secundarias, de fuentes orales o de la consulta de las revistas y periódicos de la época, sobre todo de la sección de crítica de libros. En ese sentido, se echa en falta más ambición a la hora de interpretar y de plantear hipótesis que vayan más allá de la conocida, y esencialmente válida, idea habermasiana de la «liberación» de espacios públicos del control dictatorial. Así como una mayor contextualización de los libros analizados y de sus autores, cuyos datos parecen a veces haber sido sacados también de las fuentes primarias utilizadas (lo cual quizás explica algunos errores en la transcripción de nombres o la asignación de autorías, como ocurre con Hobsbawm, Luis Gómez Llorente o Blanco Aguinaga). Y precisamente porque el libro contiene una impresionante cantidad de datos que serán de interés o utilidad para muchos lectores e investigadores, se echa en falta asimismo un índice final de nombres y títulos.

Pero estas objeciones no desvirtúan ni la ambición del trabajo acometido, con el análisis de decenas de libros, ni su aportación para el conocimiento de la censura editorial durante el periodo hasta ahora menos estudiado, el que solemos llamar «segundo franquismo». La buena redacción hace amena la obra a la pese a la gran cantidad de datos, a lo que contribuye además una estructura clara, que comienza con un análisis del marco jurídico e institucional de la censura, en especial tras la Ley de Prensa e Imprenta de 1966. La idea de «libertad responsable» que fundamentaba la exposición de motivos de esta norma y de otras promulgadas por el ministro Fraga desde 1962 parecía romper explícitamente con el dirigismo que había caracterizado la política de información y edición desde el lejano 1938. Sin embar-

go, como señala el Autor, la realidad sería muy distinta y acabaría con un generalizado cuestionamiento de aquella ley, no solo por parte de quienes se situaban fuera del régimen, sino de sus verdaderos destinatarios, es decir, los distintos sectores que aún se consideraban parte integrante del régimen, incluso defendiendo posiciones evolucionistas o de cierta disidencia interna.

El Autor detalla y explica con casos concretos las dos formas, entre sí contradictorias, en que ese dirigismo continuó, haciendo uso de viejas prácticas pero también adaptándose a los nuevos tiempos. Por un lado, Fraga puso en marcha políticas activas y propositivas, tratando así de contrarrestar el prestigio intelectual y la cada vez más amplia contestación cultural contra la dictadura. Entre ellas el “Boletín de Orientación Bibliográfica”, el Centro de Estudios de la Guerra Civil dirigido por Ricardo de la Cierva o la colección de “Los libros de Radiotelevisión (RTV)”. Por otro lado, la censura prosiguió bajo formas más o menos encubiertas, como la «consulta voluntaria», mientras aumentaban los secuestros administrativos contemplados por la nueva ley y las denuncias ante el recién creado Tribunal de Orden Público (TOP) o el Tribunal Supremo, así como el recurso a negociaciones directas y presiones extralegales sobre las empresas editoriales y sus gestores.

Todas esas medidas no consiguieron detener el surgimiento de lo que el Autor llama un «mundo editorial de vanguardia» que se hacía eco de las corrientes de pensamiento en boga fuera de España al mismo tiempo que daba a conocer a los escritores, ensayistas y científicos sociales que tomaban el relevo generacional dentro del país. Las páginas dedicadas a editoriales como ZYX, Ciencia Nueva, Nova Terra, Estela, Edicusa, Ariel, Siglo XXI o Anagrama presentan un completo panorama del dinamismo cultural que ponía en cuestión, con un éxito más que considerable, la hegemonía ideológica del franquismo. En este sentido, me parece un acierto la tesis de Francisco Rojas de situar los términos del debate en el paso de una cultura de *élites* a una cultura de masas, que en el tema que nos ocupa representaría el libro de bolsillo, y en el paralelo cambio de énfasis desde la acción sobre la oferta editorial a la formación de los lectores y la transformación de los hábitos de lectura.

El régimen siempre tuvo presente esa distinción entre públicos restringidos y divulgación, como demuestra con creces la documentación utilizada, que no incluye solo expedientes de censura sino también correspondencia entre los responsables del ministerio de Información y Turismo, y entre estos y los de otros ministerios o instituciones. El Autor habla de «dinámica» y de «dialéctica» en la práctica editorial y la respuesta del régimen, y más que los informes de lectura de los censores, aunque muchos no tienen desperdicio, son esas cartas entre Fraga, su cuñado Carlos Robles Piquer, director general de Información, el fiscal general del Tribunal Supremo y futuro ministro, Fernando Herrero Tejedor, el ministro de Información y Turismo desde 1969, Alfredo Sánchez Bella, en ocasiones los ministros Castiella o Villar Palasí e incluso el almirante Carrero Blanco, las que dan el tono del desafío planteado por esos libros, editores e intelectuales en apariencia tan inofensivos.

Javier Muñoz Soro

*La construcción de la dictadura franquista en un universo pequeño*

Óscar Rodríguez Barreira, *Miserias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista, 1936-1951*, Valencia, PUV, 2013, pp. 445, ISBN 978-84-370-7594-5

Dentro de la producción historiográfica dedicada al franquismo, el de las instituciones locales no es desde luego un campo de estudio que el paso del tiempo haya dejado yermo y sin desbrozar. Bien al contrario, es, por detrás de la violencia y sus múltiples mecanismos represivos, uno de los temas que antes empezó a interesar a los historiadores del periodo y que más abundante literatura ha generado hasta la fecha.

El último libro de Óscar Rodríguez Barreira, publicado con la indiscutible vocación de debatir y ampliar la discusión — más allá también de los círculos académicos — aborda precisamente el proceso de construcción y consolidación del poder local durante el primer franquismo. Y lo hace desde una perspectiva que, como el mismo Autor advierte, se proyecta no tanto «desde abajo» como «de abajo hacia arriba» para acceder a la realidad cotidiana del poder franquista en pueblos y ciudades en su constante diálogo con las instituciones supralocales. Para ello escoge como marco de análisis un «universo pequeño», el de la provincia de Almería durante los años de construcción del Nuevo Estado. Es a este registro histórico circunscrito, que no cerrado, al que el Autor se acerca e interroga sobre la interacción entre la sociedad, los cuadros políticos intermedios y el poder central. Su apuesta por el marco local y microhistórico sobre la Almería de los primeros años del franquismo no viene ciertamente de ahora. Si con anterioridad se había ocupado de las resistencias y estrategias de supervivencia de las clases subalternas (*Migas con miedo*), en esta ocasión el foco se desplaza a los apoyos y los grandes beneficiados de la dictadura, así como a los espacios de poder y redes de intereses que estos urdieron — no sin conflictos — en la provincia que era conocida entonces como la «cenicienta del Estado».

Pero el suyo, a diferencia de otros trabajos, no es sólo el estudio del perfil o, si se prefiere, el retrato robot de quienes, acabada la guerra, se auparon a ayuntamientos, diputaciones y gobiernos civiles. Al fin y al cabo, el análisis de las características sociológicas de las personas que coparon las instituciones locales y provinciales franquistas, aun siendo necesario, resulta a todas luces insuficiente. Por esta razón, aunque en el capítulo final del libro se incorporan datos cuantitativos y estadísticos sobre el origen social, adscripción política y perfil profesional de los cuadros intermedios, no es este un trabajo que desestime las historias de vida, los estudios de casos o los análisis micro de vida cotidiana, prueba de ello es el seguimiento que se hace entre otros, de la trayectoria del que fuera gobernador civil de la provincia entre 1940 y 1942, Rodrigo Vivar Téllez. Pero aun es más, en su primera parte la obra se adentra, creemos, con éxito en un terreno tan resbaladizo, y al mismo tiempo potencialmente fecundo, como el de las percepciones y las auto-representaciones de cuantos pasaron a dominar la vida política local bajo el franquismo. *Miserias del poder* arroja así, desde el observatorio de lo local, un fresco completo de la clase política franquista, dejando al descubierto los engranajes del funcionamiento del poder, sus cloacas y los intereses en liza dentro de la coalición reaccionaria.



Los trabajos sobre los poderes locales han tenido a menudo un carácter subsidiario e instrumental con respecto al debate sobre la naturaleza del régimen franquista. O en otras palabras, parecían concebirse casi en exclusiva como la prueba de verificación de teorías generales formuladas previamente para caracterizar a la dictadura de Franco. Sus conclusiones tendían, en consecuencia, a girar en torno a la composición de la clase política y sus características sociológicas, rasgos que a la postre habrían servido para determinar si quienes poblaron esas instituciones eran o no “hombres nuevos” y refrendar en su caso, el carácter fascista, tradicional o fascistizado de la dictadura. El objetivo de la obra de Rodríguez Barreira parece, no obstante, caminar en otra dirección: la del proceso de construcción de la dictadura. Por ello, antes que sobre la naturaleza del régimen y los debates que esta ha suscitado, el Autor prefiere elaborar su tesis en términos de «construcción», «configuración», «contingencia», «evolución», «adaptación» o «reajuste», algo que no le impide en cualquier caso argumentar, a la luz de las fuentes, que el poder local franquista fue un poder fascistizado.

Una de las aportaciones más notables de la investigación apunta a la elección y al trabajo crítico que hace de las fuentes. El estudio se fundamenta sobre una documentación de gran riqueza que procede, entre otros organismos, de las delegaciones de FET-JONS, el correo interno entre administraciones, la prensa sublevada, los registros de asociaciones, los testimonios orales, los diarios y los libros de memorias. En lo que se refiere al aparato crítico, Rodríguez Barreira previene con insistencia sobre la fiabilidad de la documentación oficial emanada de las instituciones locales, especialmente de aquella relativa al pasado político de los *élites* franquistas. Y no es sólo que aconseje «leer entre líneas» y de forma crítica el discurso público de las autoridades para desvelar lo que calla y oculta en el «reinado de la elipsis», abriendo una sima casi insalvable entre los mensajes oficiales y la realidad cotidiana. Se trata también, como demuestra el Autor, de constatar cómo los poderes llegaban a falsear la información contenida en las fichas con el solo objetivo de “blanquear” o, más propiamente, de teñir de azul, el azul de Falange, el historial de viejas *élites*, notables locales y corporaciones municipales. La obra alerta además de la distorsión de algunos datos globales en trabajos sobre el poder local debido a que sus resultados se basan en análisis que no tienen en cuenta las diferencias de tamaño, estructura social y actividad económica de las localidades objeto de estudio.

El libro está dividido en tres capítulos. El primero, «Vivir la cruzada en el infierno. La Quinta Columna», aborda desde una perspectiva cultural el imaginario y las estrategias colectivas desarrolladas por las derechas almerienses durante el curso de la guerra. Como telón de fondo, la contienda emerge como experiencia catalizadora de apoyos y adhesiones a los sublevados, además de como episodio que, a ojos de los partidarios de derribar la República, dotaba de significado y legitimidad de origen al franquismo. El imaginario de los futuros cuadros políticos franquistas se apuntaló entonces y lo hizo, como revelan las fuentes primarias, sobre una percepción victimista de la realidad. Estos sectores se percibieron y definieron como grupo amenazado y damnificado por la Anti-España, por la experiencia reformadora de la Segunda República, primero, y por la «dominación roja», después. Además de este discurso victimista, el imaginario derechista se apoyaba sobre corrientes palingenésicas de inconfundibles reminiscencias católicas que

evocaban la resurrección y el valor redentor del martirio y la sangre derramada. De ahí también el constante tributo a los caídos por Dios y por España. Tras dibujar los contornos de esta cosmovisión, la obra presta atención a las redes y organizaciones clandestinas de apoyo mutuo creadas en la retaguardia almeriense como la Quinta Columna o el Socorro Blanco.

El segundo capítulo, «Hijos subversivos, padres de orden. Falange: muerte y resurrección» vuelve la vista atrás, hacia la etapa republicana, para ocuparse de los orígenes de Falange en la provincia, sus primeros militantes, su agenda ultranacionalista y antidemocrática, sus estrategias de acción violenta y de desestabilización social dentro de una coyuntura de expansión de retóricas y prácticas excluyentes. De la Falange como movimiento subversivo durante la república, el Autor pasa a ocuparse de su proceso de institucionalización y burocratización dentro del régimen franquista. Como campo de pruebas elige dos de las organizaciones de mayor visibilidad y proyección social de aquellos años, Auxilio Social y el Frente de Juventudes, el primero, como exponente de la política asistencial de la dictadura y el segundo, como organización destinada a la socialización de los jóvenes y, más específicamente, a la construcción de una masculinidad hegemónica, la franquista, contraria a las transformaciones en las relaciones de género que los cambios sociales y la legislación republicana habían propiciado. A pesar del lenguaje triunfalista y optimista que exhibieron los dominadores, ni Auxilio Social fue capaz de cubrir las extremas necesidades de la población, ni el Frente de Juventudes, desde su concepción paternalista y adoctrinadora, tuvo una influencia real sobre la sociedad, más allá de cierta función asistencial sobre sectores sociales deprimidos a través de su despliegue en espacios lúdicos para el deporte y el folclore. En una posguerra presidida por la revancha y el acaparamiento, el hambre y la corrupción, ambas organizaciones no hicieron sino ahondar todavía más en la división entre vencedores y vencidos, creando espacios visibles para la auto-satisfacción de los dominadores y la subordinación de quienes fueron excluidos del nuevo orden de cosas. En este capítulo asoman ya, enmarcadas en un contexto de partido único, las primeras diferencias entre las derechas locales, en concreto las disputas entre los delegados locales y las autoridades municipales como consecuencia de las subvenciones que estas debían entregar al Frente de Juventudes.

Que la construcción de la dictadura de Franco no fue una balsa de aceite es una de las conclusiones principales que pueden extraerse del nuevo trabajo de Óscar Rodríguez Barreira. Antes al contrario, tal y como queda evidenciado en el tercer capítulo, este fue un proceso atravesado por numerosas pugnas y disputas internas, como por ejemplo, aquellas que libraron frecuentemente las jefaturas provinciales de FET-JONS y los gobernadores civiles hasta que el poder central impuso la unificación de cargos. Después de todo, las esferas de la política formal, esto es, los puestos de la administración y los cargos de mando y responsabilidad, fueron parte del reparto del botín que llevaron a cabo los vencedores. La depuración del funcionariado, las purgas profesionales en general, fueron, como recuerda el Autor, un castigo para los derrotados y un botín para los vencedores. La desposesión (material y simbólica) de unas personas supuso en efecto que otras acabaran apropiándose de sus bienes y empleos, una transferencia que, como vemos, no estuvo exenta de conflictos dentro del bando franquista. Y es que la competencia por hacerse con esos espacios de poder e influencia dentro de la política local fue realmente reñida. A los circuitos clientelares del caciquismo tradicional, aquella «polí-

tica en penumbra» surgida en el último tercio del siglo XIX y que ni siquiera el régimen republicano había conseguido erradicar, se sumaban ahora las nuevas redes adscritas a la burocracia de partido único y a la administración, redes procedentes de la “cantera” de la guerra, esto es, de las experiencias forjadas en el frente y en la retaguardia, e integradas por excombatientes, excautivos y huidos. No se produce por tanto, a juicio del Autor, una ruptura con las oligarquías tradicionales y sus redes clientelares, en definitiva, con la llamada vieja política, sino antes bien, un reajuste a un nuevo caciquismo o, lo que él denomina, caciquismo de Estado y partido único. Las viejas *élites* buscaron adaptarse y acomodarse a la nueva situación de partido único de la dictadura, unas veces ingresando en FET-JONS como partido de aluvión y otras sentando, cuando fue posible, las bases de la organización en sus localidades.

De lo que nos habla *Miserias del poder*, en definitiva, es de cómo se ensamblaron, con más o menos fricciones, las redes tradicionales y las nuevas redes dentro del poder local franquista. Por sus páginas desfilan sus protagonistas, sus experiencias, sus voces y sus luchas por el poder y todo, bajo una dictadura que dejó a sus leales el campo expedito para el clientelismo, la política del favor, el nepotismo, la arbitrariedad, la corrupción y la impunidad.

Sí se echa en falta, no obstante, entre sus páginas el trasfondo, la narrativa ideológica, de estas luchas por el poder. Y es que, aunque estén bien dimensionadas y explicadas las disputas políticas, faltaría desarrollar más su dimensión doctrinal, es decir las querellas habidas entre católicos y tradicionalistas por un lado, y líderes falangistas por otro, a propósito de su diferente concepción sobre el Estado y el cuerpo social. Si bien es cierto que el Autor apunta algo de esas disputas doctrinales cuando trata de Auxilio Social y la transformación en la concepción de la acción asistencial con objeto de nacionalizar a las masas, o cuando se refiere a la masculinidad promovida por el Frente de Juventudes, de corte fascista, primero, y paternalista y tradicionalista, después. Creemos, sería pertinente profundizar más en el plano discursivo y simbólico de estas luchas entre las dos grandes culturas políticas que formaron la coalición reaccionaria para rastrear cómo se proyectaron, desde la discordia o el sincretismo, sobre la política local. De lo contrario, la imagen que puede desprenderse es la de un conflicto donde solo operaban intereses materiales y la rivalidad por apoderarse de más recursos económicos, negocios o puestos laborales, y no todo un andamiaje ideológico en disputa que dictaba cómo debía ser el Nuevo Estado y cómo los miembros de su «comunidad nacional».

Estefanía Langarita Gracia

*Imágenes, percepciones y propaganda. La construcción del mito de Franco*

Antonio Cazorla Sánchez, *Franco. The Biography of the Myth*, London & New York, Routledge, 2014, pp. 271, ISBN 978-0-415-47172-5

No espere el lector encontrar en este libro noticias ignoradas sobre la vida de Franco ni detalles desconocidos sobre su personalidad. Tampoco nuevas claves que ayuden a una interpretación alternativa de los procesos históricos que se desarrollaron durante su etapa de gobierno. Este no es un volumen en el que se des-

grane linealmente, a la manera tradicional, la carrera militar y política del personaje. Con su último trabajo, Antonio Cazorla Sánchez no pretende sumar una biografía más al amplio número de las realizadas hasta la fecha sobre el “Caudillo”, sino mirar al personaje desde una perspectiva renovada, dando respuesta a una cuestión que los historiadores no han sabido contestar de una forma enteramente satisfactoria: ¿quién fue Franco para los españoles? Una pregunta inicial que da vida a las diversas hipótesis que se plantean en esta obra, breve pero sustanciosa, centrada en rastrear las causas de la popularidad del dictador que rigió los destinos de España durante los años centrales del siglo XX, así como en explicar la persistencia de los mitos que aún hoy rodean a esta figura.

Desde una perspectiva abiertamente socialdemócrata — igualmente antifascista y anticomunista —, el profesor Cazorla analiza de qué manera la propaganda de la dictadura convirtió a Franco en un personaje providencial e imprescindible en aquella España traumatizada por la Guerra civil, atenazada por la miseria y manipulada políticamente. En este sentido, el perfil legendario del “Generalísimo” no se construyó improvisadamente, sino que formó parte de un proyecto que fue tomando cuerpo poco a poco y adaptándose a las cambiantes exigencias de legitimación exterior e interior que la dictadura hubo de afrontar. En este plan jugaron una parte trascendental, a juicio del Autor, los numerosos biógrafos — más bien, hagiógrafos — españoles y extranjeros que con sus escritos apuntalaron la memoria de Franco como hombre de paz, responsable de los avances socioeconómicos del país y líder bienintencionado, haciendo completa abstracción de los miles de muertos causados por la represión. Por eso puede decirse que este libro es también, en buena medida, una historia de las biografías y de los biógrafos de Franco.

Las fuentes que emplea el profesor Cazorla son variadas, significativas y novedosas. Además de las hagiografías antes aludidas — que son examinadas pormenorizadamente —, se revisan periódicos de la época — no solo de tirada nacional, sino también locales y regionales poco conocidos — y documentos de archivo. Especial valor tienen los informes recabados en el Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, cuyos fondos eran hasta hace poco inaccesibles para los historiadores independientes. El Autor emplea otros documentos del Departamento de Estado norteamericano — vistos en los National Archives de College Park (Maryland) — que permiten comprender las contradicciones de las potencias aliadas hacia España: mientras una mayoría de sus sociedades se mostraba mayoritariamente hostil a lo que consideraban un país cercano a los fascismos vencidos en la última Guerra Mundial, sus gobiernos tendieron a obviar la naturaleza autoritaria del régimen para alcanzar una alianza pragmática en el marco de la Guerra Fría. En este sentido, el profesor Cazorla detalla la forma en que los medios de comunicación anglosajones y, en especial, los *newsreels*, ayudaron indirectamente a apuntalar la dictadura por medio de una constante simplificación de la realidad española, aludiendo a tópicos racistas como el de la «violencia congénita» y la necesidad de un «mando fuerte» para dominar ese cainismo siempre latente.

En el proceso de construcción del mito, Antonio Cazorla distingue varias etapas, en cada una de las cuales se resaltaron aspectos distintos del “Caudillo”, aquellos que más convenían a la coyuntura histórica. Así, las primeras hagiografías, escritas en plena Guerra civil por hombres como Víctor Zurita, Joaquín Arrarás,

Víctor Ruiz Albéniz o Ernesto Giménez Caballero, presentaban al Franco «heroico» que por sus «proezas» en las guerras marroquíes reclamaba por derecho propio el papel de «salvador» de España. Para conseguir este propósito no había problema alguno en forzar o falsear sin rebozo lo que realmente acaeció, hasta el extremo de anular la memoria oficial de quienes habían trabajado junto a él y podían demostrar — como Millán Astray, Mola, Sanjurjo o Goded — que ni había sido el protagonista de la defensa de Melilla en 1921, ni había tenido la idea del desembarco de Alhucemas en 1926, ni había sido ese general obediente y maltratado por la República que no había tenido más remedio que sublevarse ante el deterioro irreversible de la situación. La habilidad del propio “Generalísimo” para adaptar su pasado resultó clave en el éxito de esta operación: Franco siempre se preocupó por rodearse de una «camarilla periodística» — Luis Bolín o Juan Pujol, de “ABC” — que ensalzara sus supuestos logros, los cuales recogió él mismo en *Diario de una Bandera*.

En los años Cuarenta, el Franco «heroico» da paso al Franco «pacifista» que sacó a España de la Guerra Mundial en la conferencia de Hendaya. Debido al pulso narrativo y la solidez de las conclusiones a las que llega el profesor Cazorla, las páginas que explican esta transformación pueden considerarse como las más sobresalientes de la obra. El Autor considera que es a partir de 1945 cuando se consolida el vínculo entre Franco y la paz, principal mito en torno al personaje que apuntaló de por vida su poder. De ese momento data el grueso de la reescritura de la historia de España — empeño en el que, como recuerda Antonio Cazorla, jugó un papel central, aunque frecuentemente olvidado, Agustín del Río Cisneros —, basado en un doble proceso de apropiación del pasado reciente y borrado sistemático del enemigo. Todo ello bajo la protección de la Iglesia católica, la cobertura propagandística del No-Do y la extensión del dominio simbólico a través de las festividades — 20 de noviembre, 18 de julio, 1 de octubre, 1 de abril — y los monumentos, el principal de todos: el Valle de los Caídos.

El dictador de la década de 1950 es ya el *Centinel de Occidente* de Luis de Galinsoga, el mandatario cristiano, moderado y anticomunista que se presenta como única alternativa viable para el futuro. Superado el cerco internacional, Franco comenzó también a ser un aliado útil para los Estados Unidos, cuya intelectualidad — he ahí el caso de Richard Wright — comenzó a aceptarle como mal necesario y, en todo caso, preferible a un imprevisible cambio. El “Caudillo” providencial que había salvado a la patria en la Guerra civil y luego había garantizado su paz volvía a mutar para convertirse en un dirigente «familiar», inaugurando infinidad de obras públicas — muchas de ellas ficticias, como documenta con datos del Archivo del Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario el profesor Cazorla —, acudiendo a partidos de fútbol, descansando en el Pazo de Meirás o navegando en el *Azor*.

Los “XXV Años de Paz” de 1964 marcarán un nuevo giro estratégico hacia la legitimidad de ejercicio en la construcción del mito de Franco. En efecto, la llegada de masiva de turistas — lo que Antonio Cazorla denomina «reconexión con Europa» — y el desarrollo económico de los Sesenta modificarían la propia imagen del dictador, que comenzó a ser asociada a la prosperidad material. En consecuencia, las nuevas biografías de este tiempo — incluso las de autores extranjeros como George Hills, Brian Crozier o John Trythall — explotarán el nuevo perfil

del personaje, sin atender a la cara oculta del progreso manifestada en desigualdades regionales, desequilibrios entre las clases sociales y servicios públicos insuficientes producto de una fiscalidad atrasada.

A consecuencia de esta sostenida labor propagandística, el profesor Cazorla sostiene que a finales de la década de 1960 la popularidad de Franco estaba en su momento álgido. Los acontecimientos del primer lustro de los Setenta transformarían radicalmente esta realidad. El “proceso de Burgos” de 1970 fue quizá el primer síntoma de debilidad de un régimen que se iba agotando conforme lo hacía la vida de su fundador. Reflejo de esta situación, los últimos hagiógrafos de Franco — Ricardo de la Cierva, Manuel Aznar, Jean Dumont y Alain Launay — adoptaron un tono de nostalgia y gratitud ante el inminente «hecho biológico». Paralelamente, la cultura de la disidencia democrática anterior a la Guerra civil demostró haber logrado sobrevivir a pesar de la propaganda y reapareció durante el tardofranquismo. En este punto se echa en falta una ponderación de lo que la Ley de Prensa de 1966 significó, a pesar de sus limitaciones, en la articulación de las ideas de la oposición antes de la muerte de Franco. Fracasados los intentos por superponerse a esta situación — en especial, la estrategia asociacionista —, la dictadura terminó como empezó: recuperando el discurso del miedo a la Guerra civil. Sin embargo, la España de 1975 no tenía ya nada que ver con la de cuarenta años atrás y el mensaje terminó volviéndose contra el régimen, que con esa maniobra quedó atrapado por su propio pasado.

Tras las elecciones de 1977 — cuyos resultados se presentan inexplicablemente equivocados tanto en cifras de escaños como en porcentajes de votos — se levantó el velo de mentiras que durante tanto tiempo había cubierto a Franco. Si las memorias de *Pacón* desmontaron la felicidad fingida de la familia del dictador, las de Laureano López Rodó hicieron lo propio con su imagen de creador del progreso, al demostrar su resistencia a abandonar el modelo autárquico. Comenzaron también entonces a circular con libertad los primeros estudios serios sobre la Guerra civil y el franquismo elaborados por hispanistas como Gabriel Jackson, Raymond Carr, Stanley G. Payne o Paul Preston. En cambio, los historiadores españoles, lastrados por la falta de escuela y por el acceso restringido a las fuentes, no se incorporarían a esta tarea hasta los años Ochenta, con las obras de Javier Tusell y Juan Pablo Fusi, cuyas semblanzas de Franco considera el profesor Cazorla las primeras muestras de una trayectoria de trabajos rigurosos que tiene en Paloma Aguilar su más excelente representante actual. En este sentido, podría parecer que el “Caudillo” ha sido definitivamente despojado de sus mitos por la historia académica.

Sin embargo, el Autor no llega a esa conclusión. Aunque reconoce que los españoles se han distanciado ya del miedo a la violencia y de la identificación con la propaganda franquista, el éxito mediático de los modernos hagiógrafos y las polémicas en torno a la mal llamada Ley de Memoria Histórica indican que no se ha construido una memoria compartida sobre el pasado y tampoco sobre la figura del dictador. El *Franco* de Antonio Cazorla contribuye precisamente a este último fin, pues desmonta las ficciones que todavía hoy impiden apreciar el verdadero papel desempeñado por el que fue máximo protagonista político de aquellos años. El libro adquiere, para terminar, una importancia que trasciende el ámbito puramente español, pues explora la experiencia compartida por muchos ciudadanos de otras

épocas y sociedades de lo que significa vivir bajo la oscura sombra proyectada por un dictador duradero, omnipresente y permanentemente alabado por la propaganda oficial.

Miguel Ángel Giménez Martínez

*Continuità nella discontinuità. Alcune osservazioni su due libri recenti sulla Transizione spagnola verso la democrazia*

Orazio Lanza, *Eredità del passato e democrazia. La Spagna e il Portogallo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2012, pp. 284, ISBN 788849832518; Maria Elena Cavallaro, *La Spagna oltre l'ostacolo. La transizione alla democrazia: storia di un successo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2013, pp. 211, ISBN 9788849836202

Di recente sono usciti due volumi di studiosi italiani, Orazio Lanza e Maria Elena Cavallaro, che costituiscono un confronto importante su temi centrali per la storiografia politica spagnola, come appunto i processi di transizione alla democrazia dei paesi iberici.

Il saggio di Lanza è interessante innanzitutto, credo, perché mostra con grande efficacia — e con uno scavo molto profondo nella letteratura di riferimento — quelli che sono gli snodi politologici della transizione verso la democrazia di Spagna e Portogallo sui quali si è confrontata e si è esercitata *fortiter* la riflessione italiana: per fare qualche nome Brunetta Baldi, Gianfranco Baldini e Mario Caciagli, i quali hanno ripreso negli ultimi decenni anche gli studi di Linz e di Stepan che avevano orientato la ricerca ispanista. In secondo luogo, Lanza fornisce un lavoro di confronto e di discussione con gli storici e la ricerca storica, elemento che per questa rivista è certamente positivo e non eludibile.

Il lavoro di Lanza intercetta ora, intrecciandosi, l'ultimo volume di Cavallaro che ricostruisce, attraverso un lavoro d'analisi storiografica, i percorsi di lunga durata della storia politica e istituzionale spagnola dal franchismo al processo di Transizione e alla costruzione della democrazia in Spagna negli anni Ottanta. Quindi, nel volume di Lanza prende corpo l'analisi puntuale dei processi di trasformazione innanzitutto politica e istituzionale, poi sociale e culturale, che compiono le due realtà iberiche durante le fasi di fuoriuscita dai regimi autoritari.

L'ossatura della ricerca si costruisce intorno al ruolo svolto dalle cosiddette "eredità del passato" (definite «di lungo periodo» e «autoritarie»)<sup>5</sup> nel processo di democratizzazione di Spagna e Portogallo e, inoltre, a due grandi temi: l'utilizzo politico della memoria storica (e le eredità positive e negative) con il quale si è tentato di reinterpretare il passato per legittimare il presente e quello che i politologi definiscono *political learning*, e cioè l'analisi del cambiamento cognitivo che diventa fattore chiave per la ricostruzione democratica (più incidente nel caso spagnolo anziché in quello portoghese), e anche, da un altro punto di

5. Il concetto, la categoria di eredità è un elemento di indagine legato a due nodi teorici della *path dependency*: la continuità e la discontinuità.

vista, elemento cardine per la definizione dei processi di *constitutional building* e quindi del percorso di democratizzazione.

In questo senso la Seconda Repubblica è un elemento dell'eredità negativa (debolezza e instabilità della democrazia e della sua forma repubblicana) che condiziona la costruzione dell'immaginario politico del franchismo, ma che il regime riuscì a torcere trasformandola nella fonte di legittimazione politica e giustificazione del sistema autoritario, del forte accentramento e del nuovo Stato che in realtà, sappiamo, non venne mai solidificato fino in fondo.

I due processi di transizione iberici, come è noto, sono molto diversi, quasi incomparabili, a iniziare dalle dinamiche politico-sociali con le quali si arriva all'avvento della stagione autoritaria: la società spagnola era «ideologicamente polarizzata e fortemente divisa» dalla Guerra civile e quella portoghese era attraversata da un diffuso «astio sociale» nei confronti della Prima repubblica e anche — elemento assai interessante — di un certo repubblicanesimo liberale che non aveva saputo integrare le masse in politica.

L'Autore ricostruisce con puntiglio le fasi storiche che in realtà portarono il franchismo a non istituzionalizzare mai la dittatura e a costruire una forma di legalità autoritaria attraverso un processo d'incastro di alcuni elementi come l'antiparlamentarismo, il corporativismo, il cattolicesimo, e una concezione organica della società e dello Stato che ruotava intorno all'ordine e all'autorità. La stessa Falange (e la *Camarilla* del Pardo) non sostenne un ruolo di penetrazione nelle strutture dello Stato paragonabile a quello che esercitò il fascismo. Però sappiamo, sostiene Lanza, che le "eredità" autoritarie incisero molto sulla dimensione socioculturale delle fasi di transizione.

In Spagna permasero in queste fasi anche fenomeni sociali come l'apatia, il disincanto nei confronti della politica, il cinismo e la propensione per l'ordine e la stabilità, mentre in Portogallo l'ossessione per la stabilità condusse a una costituzionalizzazione delle prerogative partitiche e del pluralismo istituzionale e anche all'affermazione di divieti costituzionali alla formazione di alcuni partiti.

L'analisi del caso portoghese, proposta da Lanza, mostra bene come la decisa peculiarità del processo di transizione fosse contraddistinta da un andamento discontinuo, che incise in profondità imprimendo da un lato "nuove eredità" al *constitutional building* e, da un altro, accentuando un avvicinamento, fra istituzioni politiche (e militari) e regole della democrazia, molto più elevato rispetto alla Spagna. Inoltre, il caso lusitano rende evidente, secondo l'Autore, come il sistema semipresidenziale uscito rafforzato dalla transizione sia stato in grado di stabilizzare la democrazia — e per questo, sotto molti aspetti, sia in sintonia con il caso francese — e avesse creato rapidamente negli attori politici un atteggiamento refrattario ai conflitti permanenti.

Per gran parte del volume uno dei temi centrali, e spesso sotteso, è anche quello della continuità delle *élites*, soprattutto a livello di burocrazie civili e militari, meno nell'arena politica. L'Autore sostiene con forza che nel contesto spagnolo questa continuità rese più agevole il successo del processo di democratizzazione, seppure bisogna distinguere tra *élite* politica ed *élite* amministrativa (civile e militare): le continuità a livello *top-élite* politica sembrano più riottose a un'accelerazione dei processi di cambiamento.

Però le *élites* dei riformisti franchisti riuscirono a mantenere l'egemonia nel processo di Transizione, perché furono in grado di introdurre una riforma con la



*Ley para la Reforma política* che sostanzialmente rompe la legalità delle istituzioni del regime, senza una rottura della continuità (Álvarez Tardío) e nello stesso tempo l'opposizione si associò al progetto riformista in tempo per influire e per legittimarlo. Poi il *pacto del olvido* — sintesi fra ingegneria politica ed eredità del passato — aprì la strada alla Transizione senza rottura, formula che rimase così invisibile al nazionalismo basco.

Ma ciò che secondo Lanza sorprende nel contesto spagnolo è che lo sforzo rilevante del 1977 per trovare una soluzione al problema della statualità e della legittimità statale<sup>6</sup>, che per Linz e Stepan era stato affrontato con «ragionevole successo», abbia poi condotto a negoziazioni che a loro volta hanno portato alla creazione del consenso sulla Costituzione e ai primi progetti di autonomia regionale, basca e catalana, diventando uno degli stati più decentrati d'Europa, senza però — e qui sta il limite — aver risolto i conflitti determinati dalla questione territoriale. Però, il varo della Costituzione ha segnato, ci ricorda Lanza, secondo l'analisi maggiormente condivisa dalla storiografia, una fase di discontinuità, interrompendo sul piano istituzionale una storia secolare d'instabilità politica e costituzionale.

A questo riguardo trovo corretto che vengano ripresi dall'Autore quegli storici elementi conflittuali trascinati dal passato che la Costituzione post-franchista superò: incompatibilità fra monarchia e democrazia, rapporto Stato/Chiesa, la questione del potere militare e il tema delle garanzie dei diritti e delle libertà, mentre invece rimane evidente il problema irrisolto dell'organizzazione del territorio; lo Stato decentrato così congegnato non sciolse rapidamente la complessità dei conflitti e degli interessi in gioco nella questione territoriale.

Come mostra bene Lanza, in un altro solco si pone la storiografia, minoritaria, più rivolta a enfatizzare gli aspetti "continuisti" riguardo alle eredità presenti nella Costituzione, come Eloy García ad esempio. Viene, cioè, privilegiata ad esempio una visione della democrazia come continuazione legale della dittatura. Non si possono sottacere altre questioni aperte come le lunghe radici che risalgono al fallimento della seconda Repubblica, l'avversione all'instabilità politica e quindi quell'«ossessione per la stabilità» che si cristallizzerà nella «iperprotezione» del governo e del capo del governo. Nello stesso tempo però emerge la consapevolezza da parte dell'Autore che la Costituzione fu anche uno sforzo per uscire dalla conflittualità sulla questione territoriale e sulle prerogative delle comunità storiche che neppure il franchismo aveva sopito. Del resto la Costituzione riflette bene, in un certo senso, l'impossibilità di fissare un modello territoriale condiviso fra i principali attori del dibattito costituente. Infatti il "regionalismo asimmetrico" e la difficoltà del sistema spagnolo a distendersi lungo l'alveo federalista, quasi una propensione al rigetto, e la sua condizione attuale irrisolta ne fanno un modello a fatica collocabile all'interno di coordinate abituali nel contesto europeo.

Mentre invece il contesto lusitano marca una distanza sul piano della cultura istituzionale di fondo e della tradizione storica, che risiede nell'avversione da parte dei governi e dello Stato alla concessione di forme solide di regionalizza-

6. Cioè le condizioni del patto che sorregge la comunità politica e che si traducono nella legittimità dello stato sovrano e della sua articolazione organizzativa.

zione; il sistema politico portoghese sarà sempre riottoso a concedere un certo tipo di decentramento che miri all'irrobustimento di una forma solida di regionalismo, quantomeno confrontabile con quello spagnolo.

La memoria, per riprendere la categoria utilizzata dall'Autore, si trasformò in «variegate misure» finalizzate a evitare una forte concentrazione del potere esecutivo a vantaggio di una costituzionalizzazione dei partiti e del pluralismo istituzionale.

Il lavoro della Cavallaro interseca in più punti il saggio di Lanza. Intanto perché si inoltra rapidamente nell'analisi storiografica della Transizione partendo dalle interpretazioni più note e passando poi per una decostruzione delle visioni di "mito fondante" o di capro espiatorio di tutti i problemi della Spagna. In secondo luogo l'Autrice, per dare profondità al lavoro, propone con forza di ripartire dagli inizi degli anni Sessanta, il "decennio lungo", che rappresenta il periodo in cui si possono comprendere i cambiamenti socioeconomici e politici spagnoli e anche i cambiamenti nell'elaborazione politico-ideologica del passato. Quando, cioè i figli dei combattenti della guerra si emanciparono dalle "narrazioni" dei padri ed elaborarono nuove interpretazioni (che non implicarono la condanna dei padri) volte alla comprensione e non più alla ricerca e alla punizione.

Quindi, proprio in quel decennio l'A. rintraccia gli elementi d'innovazione che permisero lo sviluppo politico, istituzionale e sociale successivo, attribuendo però un'interpretazione diversificata alla fase di contrasto tra falangisti e tecnocrati, rispetto agli orientamenti abituali della storiografia.

Gli scontri interni alle anime politiche franchiste sono già evidenti verso il 1957, quando, cambiando gli equilibri governativi con il nuovo esecutivo, vengono a confliggere i progetti dei *tecnócratas* più rivolti a una centralità dell'esecutivo a cui dovevano essere subordinate tutte le altre istituzioni, come le *Cortes* e il Consiglio del Regno, e i falangisti più propensi a mantenere uno sdoppiamento delle cariche alla guida dello Stato rispetto a quello di governo che in questo modo non recedesse le connessioni tra il regime e il *Movimiento*. Anzi quella data è il momento di svolta, il punto di non ritorno, per seguire Paul Preston.

In realtà ci sono già in gioco modelli economici, ma soprattutto sociali, diversi, che corrispondono a elaborazioni di politiche antitetiche sul ruolo delle istituzioni, sul ruolo del partito unico, sullo sviluppo dello Stato e certo poi anche sul percorso di successione a Franco, sulle funzioni della pubblica amministrazione, sui rapporti internazionali e sul ruolo dello Stato in economia. Soprattutto si mostrano due indirizzi diversi di costruzione e rafforzamento dello Stato da costruire, senza tradire le sette leggi fondamentali, unica e composita struttura istituzionale franchista.

Da un parte l'idea della conservazione del sistema autarchico (Falange), con un'accondiscendenza sulla monarchia purché si accettassero i principi del partito unico (Solís, Fraga), dall'altra l'idea dell'abbandono dell'autosufficienza come indirizzo politico di risposta alla crisi economica degli anni Cinquanta, insieme al cambiamento strutturale della spesa, all'aumento della burocrazia e all'introduzione di più merito nell'assegnazione delle cariche e meno azione discrezionale (Santos Juliá). La linea di fondo dei *tecnócratas* si attestava sulla consapevolezza che i cambiamenti sociali dovessero essere governati attraverso un proces-

so di integrazione nell'economia capitalistica occidentale che portasse con sé anche il ridimensionamento del ruolo dello Stato e la traducibilità del "Piano francese" come elemento di riferimento.

Questo significava che la messa in opera di un piano di stabilizzazione abbisognasse dello sviluppo della separazione tra la base sociale e il potere politico, mettendo in conto un po' di erosione di consenso, e costituisse nello stesso tempo un indirizzo politico consapevole che la nuova classe media del paese stesse abbracciando i principi del capitalismo (erodendo anche le fondamenta del regime, come sostiene Cavallaro).

Gli anni Sessanta però costituiscono anche il momento storico in cui si distesero le relazioni, e le pretese internazionali con gli Stati Uniti e l'Europa; non solo il regime organizzò il viaggio del ministro López Rodó a Washington, ma l'avvicinamento alla CEE e alla Nato diventò una via di inclusione europea praticabile per il regime.

Però, come mette in evidenza Cavallaro, rimane sullo sfondo da una parte un'incapacità del regime a leggere nel contesto bipolare le priorità americane, che non erano in sintonia con le esigenze politiche spagnole (il regime pensava che gli Stati Uniti potessero essere una «sorta di garante internazionale del franchismo» e la potenza americana invece era interessata esclusivamente alle basi militari), dall'altra una ulteriore incapacità a ricucire gli strappi politici sul fronte interno riguardo ai temi di politica internazionale e soprattutto a compiere una vera apertura diplomatica che fosse frutto di un indirizzo politico chiaro. Questo atteggiamento portò a una debolezza negoziatrice spagnola e ad arenare alcune questioni calde come quella di Gibilterra, ma anche a raffreddare l'accelerazione verso l'adesione alla CEE e alla NATO.

Verso la metà degli anni Sessanta la forza dei *tecnócratas* cominciò a declinare, a causa anche di un'incapacità ad affrontare le tensioni sociali che si manifestarono anche nelle università, sostenute da quei giovani che non avevano vissuto la stagione degli anni Trenta e criticavano, ormai fortemente, l'ideologia della Guerra civile imposta dal regime (aumenta anche il ruolo delle *Comisiones Obreras*, della pressione dei partiti in esilio e all'interno del paese).

Cavallaro insiste, opportunamente, sul punto di svolta, rispetto agli sviluppi successivi, costituito dalla *Ley Organica*, varata nel 1967. Intanto perché crea le premesse per il processo di successione a favore dell'erede Juan Carlos e quindi dello sviluppo futuro di una monarchia, ma anche perché diede una continuità possibile alla legittimità dello Stato franchista, non risolta dalla *Ley de Sucesión*, e quindi al problema della statualità, per tornare a uno dei temi indicati da Lanza precedentemente, che venne dibattuto aspramente fra i *rupturistas*, favorevoli all'istituzione di un'assemblea costituente e i *reformistas*, riottosi alla creazione di eventuali istituzioni provvisorie in preparazione di una nuova legge fondamentale.

La nomina di Juan Carlos nel 1969 spinse verso una trasformazione politica e istituzionale. Sono gli anni in cui comincia a venir meno anche la «logica compensativa» adottata da Franco nella scelta dei governi, anche dopo l'attentato a Carrero Blanco, che crea le premesse per l'allontanamento del ministro dell'Economia Castiella, che aveva contribuito in maniera sostanziale ad avvicinare gli Stati Uniti alla Spagna, sostituito da López Bravo, aprendo poi la strada al ritorno dei falangisti alla guida dell'esecutivo. Ma il governo del falangista Arias Na-

varro, che era succeduto a Carrero Blanco, rimane quasi immobile (aprendo un conflitto interno anche con la Corona e con l'azione significativa di Fernández Miranda) di fronte ormai al *gap*, come viene suggerito dalla storiografia, tra una Spagna reale e quella ufficiale.

Quando Suárez si insediò, l'intento di consolidare la continuità del sistema franchista e la centralità dell'esecutivo fu chiaro, ma la sua capacità di fare affidamento anche sul "fattore psicologico" e i poteri della monarchia, seppure limitando in alcuni casi le funzioni del re, diede una spinta verso un processo di riforma che fosse condiviso da quella parte, ampia, di società che aspirava a un salto di qualità del regime. Tale processo, che Arias Navarro non aveva compreso, doveva però passare attraverso il superamento della democrazia organica e quindi il riconoscimento della sovranità del popolo e il suffragio universale.

Il varo della *Ley para la reforma política* fu, in realtà, l'atto conclusivo dello scontro interno al regime, iniziato alla fine degli anni Cinquanta. Seppure mantenesse intatti i poteri dell'esecutivo e non prevedesse un governo provvisorio di transizione, una riforma procedurale e non sostanziale, la legge innescò un processo che azionò alcuni elementi di evoluzione del sistema politico, come la fissazione del periodo elettorale e l'indizione di un referendum di approvazione popolare della legge stessa (e anche un negoziato con l'opposizione). La forte legittimazione popolare di questa legge sostenne il passaggio "legale" dalla dittatura alla fase di transizione verso la democrazia.

Da questo punto di vista Cavallaro è in sintonia con Lanza, mostrando come si introdusse l'utilizzo della legalità franchista, per mascherare in realtà una discontinuità, facendo cioè apparire la fase di passaggio come «naturale» (su questo termine sarebbe, credo, necessaria una discussione) evoluzione della precedente.

Se quindi i primi risvolti di questa fase sono legati al mantenimento del funzionariato franchista, peraltro già abbastanza emancipato, e quindi al rafforzamento di una certa continuità nelle strutture statali e istituzionali, il consenso spingerà Suárez a portare sino in fondo alcune trasformazioni come quelle assai note della legalizzazione dei partiti, dei "Patti della Moncloa", del risanamento del ministero dell'Economia e l'opposizione all'accettazione della monarchia.

L'avvio del percorso di redazione della Costituzione amplificherà, quindi, la continuità di un processo di cambiamento, piuttosto che la cesura rispetto a quello, e Cavallaro lo mostra bene. La monarchia parlamentare e un presidente del Consiglio forte che sopportano il principio della compatibilità dello Stato con differenti nazionalismi, sembrano proprio la punta estrema di un compromesso che rappresenta un lungo percorso di transizione senza rottura.

Questo andamento dello sviluppo democratico, però, se da una parte sostiene una certa tenuta politica, dall'altra travolse non solo alcuni protagonisti non più in grado di far fronte alle nuove esigenze, alla nuova dimensione internazionale della politica e al riflusso politico, come successe a Suárez e al suo partito, l'UCD, dall'altra affermò la complessità di molte scelte come quelle sull'europeismo e l'atlantismo che furono rinviare fino all'inizio degli anni Ottanta, quando i partiti spagnoli e i loro leader si erano ormai ampiamente inseriti all'interno di rapporti europei ben saldi.

Leonida Tedoldi